

mente incompleta, era demasiado grave para no impresionar al Sr. de Goltz; la respuesta de Berlín fué que se deseaba conocer los ofrecimientos austriacos antes de formular las proposiciones prusianas. Los días siguientes transcurrieron sin que se prosiguieran las negociaciones en tal sentido comenzadas; por lo menos, si algo se hizo, no ha llegado hasta nosotros. El soberano francés, estacionado en una inacción fastuosa, desinteresado por naturaleza, pero ávido de engrandecimientos con la esperanza de deslumbrar á la opinión pública y de consolidar el trono de su hijo, se entretenía en tocarlo superficialmente todo, pero sin querer coger nada. Con muchísima frecuencia se ensimismaba pensando en una gran guerra que le permitiera intervenir como dueño y señor entre adversarios extenuados; y habiendo de esta suerte conseguido aplazamientos y evitado la dificultad de tomar una resolución, volvía á acariciar sus ensueños, á la vez astutos y cándidos, grandiosos y mezquinos, ingeniosos é ingenuos, de entre los cuales destacaba una sola idea fija, una idea no francesa, sino italiana, la de la emancipación de Venecia.

Bismarck recurrió á toda clase de habilidades, y una de las mayores fué presentar al emperador el engrandecimiento de Prusia como una consecuencia de una organización más simétrica de Alemania. No disimulaba sus ambiciones, pero las limitaba; aspiraba, según decía, á dominar en los Estados del Norte, pero rechazaba toda ingerencia más allá del Mein. Lejos de querer extenderse hacia el Sur, estaba dispuesto á permitir y aun á facilitar una inteligencia de todos los Estados meridionales bajo la hegemonía de Baviera; y en efecto, por aquel entonces prodigaba las insinuaciones á Munich y, según se afirma, recibía del Sr. de Pfordten cartas inspiradas en la mayor confianza. En cuanto al Austria, no hablaba de ella, y si la excluía de Alemania era por preterición. El proyecto, así formulado, ofrecía un aspecto ordenado y cierta apariencia lógica y parecía hecho expresamente para agradar al espíritu sistemático de Napoleón; en él se trataba no tanto de unificar la Alemania como de distribuir en ella las esferas de influencia. Lo que el Sr. de Goltz afirmaba al emperador repetíalo la prensa parisiense, que en parte se había ganado Prusia, encomiando la constitución de una Alemania del Norte fuerte, progresista y protestante, enfrente del Austria ultramontana y retrógrada, y añadiendo con gran firmeza que Bismarck, el ministro autoritario, servía, sin saberlo, á la causa de la emancipación humana, como el cardenal Richelieu había servido á la causa de la libertad religiosa. ¿Qué podía temerse de los engrandecimientos prusianos? Hasta entonces había habido dos Alemanias; en lo sucesivo habría tres. ¿Qué perdía Francia con esta nueva distribución? ¿No salía más bien gananciosa? El argumento hizo fortuna en ciertos círculos oficiosos, sin pensar que la victoria de Prusia arrojaría al Austria hacia Oriente, haría vadeable el Mein y pondría á los pies del vencedor á la pobre Baviera abatida y burlada. Nadie, empero, creía en el triunfo completo de Prusia, y en todo caso se reservaba con entera confianza el derecho de arbitraje, porque había una hipótesis que se consideraba inadmisiblemente, á saber, aquella en que la magnitud de la victoria permitiera á una de las partes recusar el fallo del árbitro.

Lo que acababa de perturbar la política imperial eran

los consejos contradictorios que iban á parar á las Tullerías como á su natural confluencia. Existían en la corte dos partidos: con el Austria podía salvarse la paz; con Prusia podrían recogerse los frutos de la guerra. En los regímenes libres, un ministerio responsable habría adoptado una de las dos políticas, y prescindiendo por completo de los agentes de la otra, la habría seguido hasta el final; pero con Napoleón no sucedió así. En la época que describimos, los dos partidos se repartían los cargos públicos y la confianza del soberano, y se creían, con igual título, con derecho á aconsejar; de aquí la abundancia de diversos pareceres, merced á los cuales lo que era obscuridad acababa por convertirse en confusión inextricable. Muchas veces también el monarca, por bondad, cansancio ó debilidad, aceptaba sin objeción combinaciones contradictorias, y como su silencio era tomado por adhesión, sucedía que se propalaban los proyectos más opuestos, amparados por su nombre. Esta diversidad de opiniones entre los más altos servidores del monarca producía á veces resultados curiosos. En aquellos momentos en que la gravedad de las circunstancias habría exigido entre el gobierno francés y su representante en Berlín una íntima comunidad de ideas, un cambio permanente de informaciones y de instrucciones, el ministro era el Sr. Drouyn de Lhuys, personaje muy adicto, aunque con cierta debilidad, á la política conservadora, y el embajador era el Sr. Benedetti, mucho más perspicaz de lo que se ha creído respecto de las ambiciones prusianas, pero amigo de Italia, hostil al Austria y fiel como nadie al príncipe Napoleón. La correspondencia que medió entre estos dos hombres es extraña, no tanto por lo que revela como por lo que sorprende no encontrar en ella. Bismarck toma gustoso por confidente á nuestro embajador, esperando provocar la confianza de éste haciendo ostentación de la suya; y el Sr. Benedetti, con laudable solicitud, transmite á París todo lo que el jefe del gabinete prusiano quiere dejarle saber, pero la mayoría de sus despachos quedan sin respuesta. «Espero vuestras direcciones,» escribe en 8 de marzo con cierto tono de impaciencia, y esta comunicación se cruza con una carta insignificante del ministro en que le dice: «Estoy avergonzado de no contestar á sus cartas particulares, que son muy interesantes; no podrá usted decir otro tanto de las mías.» «El Sr. Drouyn de Lhuys, escribe el Sr. Benedetti al duque de Gramont, se limita á acusar recibo de mi correspondencia; bien es verdad que lo hace de la manera más encantadora que imaginarse pueda.» En el entretanto Bismarck trata de interrogar al diplomático acerca de la política de su país, acerca de las *compensaciones*, acerca de los asuntos que más vivamente preocupan á Francia, á lo que el embajador replica: «Respecto de todo esto, no sé sino lo que usted ha tenido á bien decirme.» Finalmente, pocos días después, el Sr. Benedetti, despechado de que su correspondencia no sea más que un monólogo, revela en una de sus cartas un visible dejo de irritación: «Faltaría seguramente á mis deberes, escribe, si no os dijese que la ignorancia en que me tenéis me coloca en una posición falsa, pues nadie quiere creer en tal ignorancia en unos momentos como los actuales. No tengo la pretensión ridícula de trocar los papeles y de recibir informes en vez de enviarlos, pero aun en mi carácter de infor-

mador, era mi obligación no dejaros ignorar mi posición personal (1).»

¿Estas lagunas en la correspondencia ministerial deben ser atribuidas únicamente á una insuficiente comunidad de miras entre el jefe y su agente? Sí el ministro se mostraba tan sobrio de despachos, ¿debíase esto á la dificultad de exponer una línea de conducta que él mismo no discernía? Aquí nos encontramos con una de las principales incoherencias de la política imperial: mientras el Sr. Benedetti se lamentaba en sus despachos de que estuviesen para él cerradas las puertas del palacio real, y en tanto que el duque de Gramont sólo debía á su alto linaje el ser introducido en la intimidad de la corte, aunque sin conocer los secretos de Estado, la suerte de los diplomáticos acreditados en París era muy distinta. En efecto, ¿cuántas veces en aquella primavera de 1866 no se vió á los coches de los embajadores de Prusia y de Italia entrar directamente en las Tullerías sin haber pasado antes por el ministerio de Negocios extranjeros? La extremada benevolencia del emperador y su afición al gobierno personal habían introducido poco á poco el uso de las comunicaciones directas entre el príncipe y los embajadores. El Sr. Drouyn de Lhuys unas veces se deshacía en quejas, otras hacía inauditos esfuerzos para adivinar lo que por encima de él pasaba, y por más que hiciera, en algunas ocasiones se traslucía su ignorancia. En uno de sus despachos al Sr. Benedetti encontramos las siguientes líneas escritas en 31 de marzo: «No tiene fundamento alguno lo que se ha dicho al Sr. de Bismarck respecto de una intervención por nuestra parte cerca del gabinete de Florencia... No hemos pensado nunca que hubiéramos de encargarnos de oponer un obstáculo al cumplimiento de los destinos de Italia...» Pero «tampoco podía alentarla á que prestara oídos á las insinuaciones que le hacía Prusia sin comprometer gravemente nuestra responsabilidad.» Pues bien; aquel mismo día, el conde Aresé, llegado la víspera de Florencia, era recibido en las Tullerías y de acuerdo con el Sr. Nigra discutía con el emperador la futura conducta de Italia y escuchaba de labios de Napoleón estas palabras llenas de promesas: «Como amigo os aconsejo la alianza con Prusia.»

Todas esas divergencias, todas esas debilidades habrían regocijado en extremo á Bismarck si las hubiese conocido. Pero la extremada incoherencia produce á veces el mismo efecto que la habilidad extremada; por esto el hombre de Estado prusiano, que no percibía el encadenamiento de la política imperial, no podía persuadirse de que tal encadenamiento no existiera, pero se desesperaba de no poder descubrirlo. Goltz, narrador fiel de lo que veía y oía, enviaba á Berlín informaciones tan poco enlazadas entre sí que en aquella corte se vacilaba en dar crédito á las mismas, pues no llegaban á convencerse de que toda la política consistiera en aquella mezcla de caricias prodigadas á todo el mundo, en aquella espera imparcial y, por decirlo así, fatalista. Sobre todo no se creía en el desinterés de Francia y se opinaba que si el emperador no se apresuraba á tomar lo que Prusia le habría ofrecido, era porque esperaba obtener más del Austria y de las peripecias de la guerra. En sentir del gabinete prusiano, todo lo que se

(1) Véase Benedetti, *Ma mission en Prusse*, pássim.

veía no era más que superficie detrás de la cual aparecería, á la hora menos pensada, alguna sabia maniobra, alguna doblez profunda. Cuando recordaba todas las seguridades benévolas que le habían dado, todas las atenciones de que había sido objeto, Bismarck se sentía tranquilo; pero al pensar luego en todo el daño que sus planes habían de causar á nuestro país, no podía figurarse que hasta tal extremo estuviere adormecida la previsión francesa. A veces, ante la idea de sus preparativos militares, vislumbraba una probabilidad inaudita, inesperada, la de una victoria tan brillante que le permitiera tomarlo todo sin ceder nada; pero aquella era una visión fugaz, y no atreviéndose apenas á soñar una felicidad tan excesiva, volvía á su labor de averiguar los propósitos de aquel á quien á toda costa debía interesar en su juego. Pero en vano agotaba su perspicacia y su paciencia: ¿quién habría adivinado (aun siendo hombre tan penetrante como Bismarck) á aquel personaje temible á fuerza de ser incomprendible, que no representaba ni la rectitud ni la falsedad, sino algo que perpetuamente participaba de la una y de la otra, aficionado á los rodeos, á las complicaciones, á las tinieblas, á las intrigas, pero como diletante y más aún por el placer que por el provecho, que prolongaba gustoso sus irresoluciones y que luego, como todos los irresolutos, se fijaba súbitamente en algo con un golpe de efecto? Sí, ¿quién hubiera podido penetrar en el fondo de aquel hombre extraordinario que escapa tanto más al análisis cuanto más se intenta estudiarlo; que soñó con la paz, con el desarme, con la fraternidad y que, sin embargo, en la época en que nos hallamos, no rehúla la idea de una gran guerra en la cual apareciera él como árbitro supremo; que se elevó á las más altas concepciones humanitarias y dejó la humanidad contristada como dejó disminuido su país; que fué tan fecundo en palabras nobles dignas de citarse como en ejemplos funestos que no deben seguirse; que, en una palabra, juntó en su espíritu las ideas más contradictorias, que tocó á los límites de la utopía y á los del cálculo y que, á un mismo tiempo, meditaba la edificación de Salento y se ingeniaba en copiar á Maquiavelo?

XI

Francia seguía con atenta curiosidad el desenvolvimiento de la crisis que traía perturbada á toda Alemania desde el Elba hasta el Danubio; y aun cuando nadie podía adivinar ó coger la trama entera de los sucesos que se preparaban, lo que vislumbraba era suficiente para despertar inquietudes, que en los más previsores rayaban en espanto. Hacia poco, habíase visto á Italia constituirse en Estado único; ¿se vería al otro lado del Rhin realizarse en provecho de Prusia una combinación análoga? Hacia el trono subían advertencias suplicantes conjurando al emperador á que dominara los acontecimientos en vez de esperarlos, á que se erigiera en guardián del orden europeo, á que proclamara, como pedía el Austria, que cualquiera que turbara la paz general tendría á Francia por enemiga; y el señor Goltz, siempre en acecho, recogía estos rumores y cada uno de sus despachos daba nuevo pábulo á los recelos de Bismarck, que temblaba ante el temor de que Napoleón abriera al fin los ojos.

La inquietud propagóse también al Cuerpo legislativo, á pesar de la inquebrantable lealtad de éste y á pesar de la desconfianza con que miraba el exceso de toda demostración que debilitara el poder; y muy grandes debieron ser, en verdad, las alarmas, para que, por vez primera desde el comienzo del reinado, la emancipación llegase hasta la indocilidad.

Habían terminado los debates del mensaje, y no existiendo el derecho de interpelación, la votación de la *ley del contingente* pareció ocasión oportuna para abordar la cuestión magna que preocupaba á todo el mundo. El 27 de abril, Emilio Ollivier anunció las intenciones de sus amigos: «Deseamos aprovechar la discusión del contingente, dijo, para dirigir al gobierno una advertencia. — Decid un consejo,» exclamó interrumpiéndole con cierta viveza el presidente como si quisiera poner de antemano un freno á los que habían de envalentarse hasta el exceso.

El jueves 3 de mayo púsose la ley en el orden del día; pero ¿quién pensaba en la ley? ¿Acaso era ésta otra cosa que el pretexto que había de hacer renacer el antiguo derecho de interpelación en otro tiempo abolido? La novedad del espectáculo, la gravedad de las circunstancias, la esperanza de explicaciones que iluminasen algo la obscuridad de los sucesos, todo excitaba extraordinariamente la atención. Las tribunas del cuerpo diplomático y las reservadas al público se llenaron mucho antes de la hora en que la sesión debía empezar, y además era tal la afluencia de senadores que parecía que el Palacio Borbón se hubiese trasladado todo al Luxemburgo. Los miembros de la alta Cámara acudieron á la de los diputados, unos por curiosidad y otros para distraer sus ocios porque una especie de fatalidad irónica había dispuesto que la orden del día del Senado disminuyera en importancia á medida que aumentaban las preocupaciones públicas: aquellos personajes ilustres, casi todos hombres de talento distinguido, se ocupaban, en aquel entonces, muy especialmente en una ley sobre los *instrumentos de música mecánica*, que muchos juzgaban anticonstitucional.

La intención del gobierno era dar espontáneamente algunas explicaciones á la Cámara, y una vez hecha esta concesión á la ansiedad pública, fundarse en ella para evitar cualquier debate más profundo. Con este propósito, apenas comenzada la sesión, el ministro señor Rouher pidió la palabra y expuso, con laconismo no acostumbrado en él, el programa del gobierno: dijo que Francia deseaba la paz, desaprobaba cualquier provocación, viniese de donde viniese, y se abstendría de ayudar á Italia; añadió, juzgando algo temerariamente que las cuestiones que se debatían no afectaban al honor ni á la dignidad del país, que la mejor política era la neutralidad; y afirmó, finalmente, que Francia, en previsión de todas las eventualidades, quería conservar, enfrente de las potencias comprometidas, su libertad de acción. La Cámara aplaudió este discurso, especialmente el párrafo en que se reprobaba toda agresión que partiera de Italia; pero, por grandes que fueran los testimonios externos de adhesión, la esperanza de sofocar el debate quedó defraudada. La oración oficial se juzgó menos notable por las declaraciones que contenía que por todo lo que dejaba envuelto en sombras; el gobierno, que se había hecho la ilusión de calmar la

curiosidad pública adelantándose á ella, lo que hizo fué, como pudo verse en seguida, avivarla.

Así que se hubo sentado el Sr. Rouher entre murmullos de aprobación, acercóse Thiers al presidente de la Cámara, que desde la muerte del Sr. de Morny lo era el Sr. Walewski, y valiéndose de los antiguos vínculos de familiaridad que con él le unían, le dijo en voz baja: «Os ruego que á toda costa me concedáis la palabra, pues tengo que hacer importantes declaraciones.» La súplica era inútil, porque la Cámara, restablecido el silencio, disponíase á escuchar al que había de llegar hasta el fondo de aquello que el Sr. Rouher no había hecho más que tocar superficialmente.

Aquel día fué para Thiers el más grande de su vida parlamentaria; su discurso no se pareció á ninguno de los que había pronunciado, pues desde las primeras palabras se remontó á alturas adonde llegaba muy pocas veces y siempre gradualmente. Todo contribuyó á que se excediera á sí mismo, la majestad del asunto, la gravedad del peligro, la comunicación íntima que en seguida se estableció entre él y el auditorio. No hubo en aquella oración repeticiones ni redundancias, ninguna pesada precaución oratoria, ninguno de esos artificios personales que parecían impertinencia ó fatuidad; al contrario, fué un discurso concreto, arrebataador, emocionado, con cierta solemnidad, aunque sencilla y natural, como convenía en circunstancias tan decisivas: «Vengo, dijo, á defender esa cosa santa y sagrada que se llama el derecho y que hoy se ve pisoteada... Vengo á defender esa otra cosa no menos santa, no menos comprometida que se llama la paz;» y después de haber anunciado en estos términos sus propósitos, el orador expresó su voluntad de no realizarlos si la Cámara no le autorizaba para ello formalmente. «Hablad, hablad,» gritaron de todos lados sin preocuparse del ministro que acababa de encarecer la oportunidad del silencio. Seguro ya de que podía hablar con entera libertad, Thiers recordó en concisos y conmovedores párrafos los destinos de Dinamarca, de esa nación honrada y fiel, valiente para defender lo suyo, incapaz de codiciar lo ajeno, y al llegar al relato de sus recientes desgracias, dijo: «En verdad que de algunos años á esta parte han sucedido cosas extrañas en Europa. Un romano decía en plena época de proscipciones: «¡Maldita casa de Alba, ¡me costará la vida!» Pues bien, hoy pueden decir otro tanto los pequeños Estados de Europa. ¿Sois una potencia poco temible? ¿Poseéis un territorio muy fértil que no puede haceros muy fuertes, pero que redondearía los Estados de un vecino poderoso y lleno de ambición? ¿Tenéis algún puerto de aguas profundas que pueda recibir una gran escuadra, ó algún extremo de un canal que pueda unir dos grandes mares? ¿Hablan vuestros súbditos el mismo idioma que los del poderoso vecino? ¡Desgraciados de vosotros! Así le ha sucedido á Dinamarca, que tenía todo esto: territorio fértil, gran puerto, canal y súbditos que hablan la lengua alemana, la lengua de los prusianos. Esos hermosos ducados han sido arrebatados en nombre de la Confederación germánica ó, como ahora se dice, en nombre de la patria alemana; luego los conquistadores se los han quedado para sí, y, por último, después de haberlos tomado á medias con Austria, le dicen á ésta: O me los dejáis ú os declaro la guerra.»

Lo que siguió fué la denuncia de las ambiciones prusianas, y en esta parte de su discurso el orador no omitió nada, ni los abusos de la fuerza ni los simulacros de la justicia. La Cámara, dócil el día antes y que había de volver á serlo al día siguiente, se había olvidado en aquellos momentos de mirar á sus directores, y subyugada y conquistada, aclamaba al ex ministro de Luis Felipe, como hubiera aclamado al propio Sr. Rouher; no se oyó una interrupción ni un murmullo, reinando en el salón un silencio profundo, interrumpido sólo por salvas de aplausos que se calmaban para reproducirse luego con más fuerza como si los oyentes sintieran escrúpulos de no haber demostrado de una manera bastante clara sus simpatías. Los comisarios del gobierno, algo despechados, pero procurando conservar la calma, contemplaban con estupor aquel auditorio, comúnmente tan manejable y que en vano habrían querido en aquel momento contener ó dirigir. Los mismos servidores del imperio no disimulaban su aprobación: «Jamás he oído nada tan enérgico ni tan hermoso,» murmuraba el señor Fould; y el presidente Sr. Walewski, aquel íntegro y previsor consejero de Napoleón, á duras penas podía mostrarse indiferente. Thiers continuó: «Prusia, si la guerra le es propicia, conservará una parte de Alemania bajo su autoridad directa y otra bajo su autoridad indirecta, y sólo admitirá en el nuevo orden de cosas al Austria como protegida; pero esa Prusia engrandecida y sobre todo asociada á Italia es la resurrección del Austria de otro tiempo asociada á España... es la reconstitución del imperio de Carlos V.»

Después de pronunciada esta frase grandilocuente, dedicóse Thiers á demostrar (cosa ciertamente muy fácil) que el interés francés y el del equilibrio europeo obligaban á combatir esa política, y con mucha energía, y también con mucha previsión, rechazó la idea mezquina de las indemnizaciones, de las compensaciones: «Sería vergonzoso, dijo, consentir en recibir un salario para la grandeza de Francia, indignamente comprometida en un porvenir próximo.» Al llegar á este punto de su discurso, el orador se detuvo como extenuado, sea que realmente le hiciera traición la fatiga, sea que recurriera á aquel artificio para dar más valor á sus esfuerzos y dominar aún mejor á la asamblea. Quedábale, sin embargo, una misión que cumplir, la de investigar los medios para evitar el conflicto: «Para conservar la paz, dijo, es preciso dirigirse, no al Austria, sino á Prusia.» Y rectificándose, añadió: «Quizás debería decir que *habría sido* preciso dirigirse á Prusia, porque tal vez es ya demasiado tarde.» Pero en seguida, tratando de sacudir aquella idea descorazonadora, pasó á indicar el lenguaje que tendría que emplearse para refrenar las temeridades prusianas: hay, dijo, el lenguaje enérgico, que consistiría en decir á Prusia: eres tú y no el Austria la que amenazas la paz del mundo, y nosotros no lo consentiremos; hay también el lenguaje más suave, pero bastante claro para que sea comprendido, y que se resumiría en una negativa lisa y llana de cooperación; y hay, finalmente, otra actitud, menos agresiva todavía, pero que por sí sola bastaría para provocar en Berlín útiles reflexiones, y que se reduciría á contener á Italia en el camino de la alianza con Prusia, la cual, viéndose escaparse la Italia, perdería á la vez toda esperanza de tener á Francia por cómplice y desde aquel mo-

mento vacilaría sin duda en llevar hasta el fin sus propósitos.

Cuando Thiers se sentó, presencióse un espectáculo que desde los comienzos del imperio no se había visto y que no había de reproducirse hasta fines del reinado: casi todos los diputados fueron á estrechar la mano al orador de la oposición y durante más de un cuarto de hora sólo se oyó un confuso murmullo de muestras de aprobación y de ruidosas conversaciones que recalaban la importancia de las conclusiones del discurso. ¿Quién era el que gobernaba la Cámara? ¿El presidente?, ¿el señor Rouher? ¿No era más bien el que tres años antes había tenido que luchar contra todas las fuerzas oficiales para conquistar su mandato parlamentario? Como no existía el derecho de interpelación y la discusión se había promovido con motivo de una ley especial, no hubo votación: de suerte que la independencia de los diputados no se vió sometida á una prueba ruda y que ninguna huella material quedó de la manifestación colectiva. A petición del ministro de Estado, volviéndose á la orden del día y la ley del contingente fué aprobada con distraído apresuramiento que contrastaba con el tumulto de las emociones recientes y apenas calmadas. Pero la advertencia, aun sin ir acompañada de la sanción de un escrutinio, merecía ser meditada. Aquel incidente fué tan sólo una hora de fugaz emancipación entre la docilidad de la víspera y la del día siguiente; y, sin embargo, ¡cuánto interés no ofrece el estudio de aquella hora! La sesión del 3 de mayo puede calificarse con estas palabras: fué la manifestación del buen sentido nacional. Y el honor de aquella manifestación correspondió por igual al que la provocó y á los que á ella se asociaron. Pero, por grande que fueran las ovaciones de la Cámara, la memoria de Thiers había de recibir un homenaje más precioso, que le tributarían no sus amigos, sino el propio adversario: «Thiers, ha dicho el historiador alemán Sybel, encarnó en aquellas circunstancias el alma misma de su patria.»

XII

He oído referir á varios contemporáneos que la demostración del 3 de mayo, lejos de hacer volver al emperador á la política de paz y de equilibrio territorial, despertó en él una de aquellas cóleras frías y sordas que con raras intervalos se agitaban en su alma tranquila y acababan por exteriorizarse en acentos irritados. El día 6 de mayo, encontrándose en el departamento del Yonne con motivo de un concurso agrícola nacional, parecióle favorable aquella ocasión para rechazar públicamente opiniones tan injuriosas como inconvenientes, y en su respuesta al alcalde de Auxerre vivió los recuerdos de Napoleón I con palabras que sonaron á belicosas. Con una aspereza de lenguaje completamente insólita en él, añadió que «detestaba aquellos tratados de 1815 que algunos querían convertir en base de la política exterior,» y luego, dirigiéndose á los que le rodeaban, viticultores de la Borgoña, armaderos de los canales y leñadores del Morván, gentes cuyos antepasados habían aclamado hacía poco el imperio revolucionario y guerrero, prosiguió en los siguientes términos: «Entre vosotros respiro á gusto, porque entre las poblaciones de las ciudades y del campo encuentro el verda-